

Sobre el tren chico viaja mi amor y otros cuentos cortos

Angelo el Heleno



Capítulo 1

SOBRE EL TREN CHICO VIAJA MI AMOR

El joven estaba a la orilla de los rieles (pequeños, diminutos, ínfimos, de apenas 60 centímetros de ancho), con la chupalla sobre el pecho, soportando dificultosamente el mediodía de la canícula ñublensina que le había bronceado la piel, calzando unas sandalias de barro desvencijadas por el trajín interminable del trabajo diario (acarreando una carreta con la que iba a vender al mercado de Chillán, todos los días, lo que se cultivaba en sus tierras), y con toda su alocada juventud de campesino soltero revoloteándole en los nervios. Venía de Chillán, de hacer las ventas del día, con el dinero dentro de una carterita oculta en la chupalla, cabalgando el caballo que tiraba de la carreta. De pronto, en el horizonte, se sintió la estremecedora respiración mecánica del tren chico acercándose implacablemente bajo el sol, silbando sus melodías monótonas de tránsito inalterable y espantando a las codornices que lucían orgullosas sus coronas de plumas.

El joven, apenas vislumbró el humo del tren chico que anunciaba su travesía triunfal por los campos de Ñuble, desamarró la carreta, preparó a su caballo («Durazno», lo llamaba, cariñosamente), y comenzó a galopar triunfante al lado de la línea de fierros atravesados por tablas, velozmente, como si fuera la última carrera de su vida, elegante, como si aquél camino fuera la pista de carreras más hermosa del mundo. Corría el caballo de carne y hueso lo más rápido que podía, jadeando de sed, abochornado, intentando ganar el desafío, hasta que el otro caballo, el de hierro, pasaba a su lado en una tormenta de humo y vientos y olores distintos, y en la última ventana, al lado derecho del tren, completamente absorta en la lectura, iba una muchacha colorina de rizados angelicales y mirada devota, piel de oro y manos celestiales, la niña más linda que aquél joven haya visto en toda su vida, y siguió galopando detrás del tren, pensando que quizás, por alguna razón desconocida, esa criaturita perfectamente bella y mágica asomaría su cabecita por la ventanita y lo vería ahí, desfilando tras ella, intentando alcanzarla desesperadamente, persiguiéndola con toda la locura de sus años mozos, y con esa esperanza seguía marchando veloz, sin detenerse, hasta que perdía de vista al tren chico.

Era así desde hace dos años. En una ocasión, cuando venía de vuelta al latifundio de su patrón, recorriendo los bordes de la línea que conectaba Chillán con Recinto («Tren chico» lo llamaban todos), la vio por vez primera. Aquél día echó a correr sin desatar la carreta, y los productos que traía sobre ella se desparramaron por toda la línea férrea. Entonces llovía, y las herraduras del Durazno se hundían en el barro. Él todavía no

sabía que pasaría dos años siguiéndola todos los días, pero lo descubrió con el tiempo, con las lluvias de agua y de sol que lo bañaban cuando ella aparecía en el mismo asiento, siempre leyendo, siempre ignorándolo. Y él, que soñaba con la muchacha, con tocarla, hablarle o simplemente respirar el mismo aire que ella, cuando se encontraba solo en su campo, tomaba la guitarra y se ponía a cantar «Sobre el tren chico viaja mi amor, mi china quería, mi lucerito, mi corazón», entre sollozos, canturreándole a su magra suerte de no conocerla.

Sólo pudo conversar con ella una vez, y fue todo. Estaba en el mercado de Chillán vendiendo los duraznos, membrillos y uvas, cuando ella apareció, seguida de varias señoras, todas adultas. Él, embrutecido por los nervios y por las ansias de querer cantarle todo el día, se atropelló en las palabras, y sólo fue capaz de susurrarle un rutinario «¿Qué anda buscando mi reina?». Ella dejó escapar una risilla alegre (estaba muy bien vestida y se notaba contenta) y le respondió con tono festivo: «¡Frutas! ¡Muchas frutas! ¡Para mi matrimonio!».

Capítulo 2

CÓDIGOS DE BARRA

Sin que nadie se lo esperara, vinieron los pintores. Llegaron tarde, muy de noche, trayendo camiones completos de pintura blanca absoluta, y la arrojaron contra nuestras casas sin pedirnos permiso, simplemente hicieron que la pintura cayera como una lluvia de leche, aclarando nuestros hogares en un instante de máxima revelación. Los pocos que a esa hora estábamos despiertos veíamos con impotencia el espectáculo del blanqueamiento de las calles. Algunos, los menos, se despertaron asustados ante el ruido de la pintura desparramándose por la vereda, formando un río blancuzco, y asomaron la cabeza por la ventana, convirtiéndose en mimos. Cuando llegó el alba, las casas eran todas albas. Los que gustan de dibujar grafitis en las paredes, sentían que los muros los llamaban, invitándolos a descargar su arte en aquellas hileras completas de paredes níveas.

Entonces vinieron otros camiones, y otros pintores, esta vez trayendo consigo tinas repletas de pintura negra. Con una precisión de albañil experto, de ladrón experimentado, de cirujano doctorado, comenzaron a dibujar las líneas interminables, como bosque oscuro: líneas verticales, perfectamente simétricas, paralelas, negras, de anchos diversos. Eran códigos de barra, colocados invariablemente en las paredes antes cándidas y ahora sospechosas. Anchas y estrechas, altas o de un piso, no hubo ninguna casa que se salvara: estaban todas con códigos de barra. Yo no entendía nada. Nadie comprendía qué ocurría. Los pintores desaparecieron tan repentinamente como llegaron.

Pero no debimos esperar mucho para saber de qué se trataba esto. Al poco tiempo se escucharon pisadas monumentales, atronadores retumbares que asustaban a los muebles y hacían música con la loza. Los sonidos aumentaban en volumen velozmente. Crecían, como nuestro miedo. Algo venía, y ya lo imaginábamos. «¡Vienen los gigantes!» Decían. Yo los veía en el balancear del techo, en el concierto de cubiertos golpeándose y en el tamborileo del té salpicando temores. Mi esposa apagó la luz. Todos en el barrio lo hicieron. Yo en realidad no supe por qué, pero miré a través de la ventana, quizás por curiosidad, quizás por desconcierto, quizás porque el terror me paralizó el cerebro. Eran grandes, monumentales, y venían con carritos de compra motorizados. Familias monstruosas de ellos, todos con carritos de compra motorizados. ¿Qué vienen a comprar? ¿A nosotros y nosotras?

Los gigantes se paseaban por las calles inundadas todavía con la pintura blanca, tan horripilantes como las pesadillas. Se paseaban, como si se

tratara de un supermercado donde las casas y edificios y departamentos y hoteles fueran los productos que venían a comprar, los abarrotes que necesitaban. Con toda la paciencia infinita de las generaciones muertas, escogían lo que llevarían, a ciegas, calculando con el tamaño de la casa el número de inquilinos que contenían. Algunos optaron por tomar las más pequeñas y pobres, considerando la pobreza un sinónimo de familia numerosa —y hacinamiento—. Otros cogían las más bonitas, con la esperanza de obtener los ejemplares más hermosos y mejor cuidados de nosotros. Cuando ya tenían elegida la casa que se llevarían, la arrancaban de cuajo del piso, y la echaban al carrito de compras motorizado. Luego, se dirigían a las montañas, donde una gigantesca cajera calculaba con una máquina el precio de la compra, y se perdían en el horizonte, de vuelta al país de los gigantes.

Entonces miré a mi esposa, una coneja angora. Estaba en un rincón, asustada, maldiciendo a los humanos, quienes nos dejaron construir ciudades en miniatura, emulando a las de ellos, sólo para hacernos creer que nosotros, los conejos, quizás, tan sólo quizás, podríamos librarnos de su hambre monumental, esa que consume árboles y minas y ríos y llanuras y animales y otros humanos. Y conejos. Pronto vendrían a buscar más, quizás por nuestra carne, quizás por nuestra piel, quizás para tenernos de mascotas, eso no importaba, de todas formas ya nada tenía sentido.

Capítulo 3

LIVEPHONE

Le encantaban los teléfonos inteligentes. Pasaba horas contemplándolos en las vitrinas de las tiendas comerciales, en los catálogos de internet, revisando en las noticias las novedades más recientes de los gigantes comerciales. Su celular era su mejor amigo, el único confidente que aceptaba sin vacilación sus miles de deseos y problemas diarios. Su teléfono móvil, sin embargo, era un "ladrillo"; anticuado, sin android, memoria insuficiente y funciones limitadas; él deseaba algo mejor. Así que juntó dinero, mucho dinero, todo el dinero que le sobraba, para comprarse el teléfono más caro y mejor del mercado. Estuvo así durante años, ansioso, soñando despierto con una nueva máquina milagrosa, hasta que logró juntar el dinero suficiente para comprarse cualquier aparato que quisiera. Para entonces, se rumoreaba que sería lanzado el mejor de todos los que existían en esa época, un Smartphone que dejaría atrás a toda la competencia: el Livephone.

Todos en el mundo estaban impacientes por el lanzamiento del Livephone. Las celebridades más repugnantemente adineradas anhelaban tenerlo pronto en sus manos, y depositaron cifras asquerosamente ridículas para reservarlo. Cada noticia de sus nuevas funciones se convertía en tema obligado de cualquier conversación de sobremesa. El planeta parecía girar en torno al desarrollo del Livephone. Hasta que salió al mercado. Salió y desapareció: todos ya estaban reservados. Nuestro hombre, con todo el dineral que había juntado no fue capaz de pagar ni la batería; simplemente no se vendía en ninguna parte.

Un día, él caminaba por la calle y lo vio: estaba en el pasto, un poco magullado pero seguía funcionando. Era todo pantalla táctil. Captaba las emociones del que lo sostenía. Le hablaba en español. Sus 10.000 aplicaciones eran de otro nivel: una recordaba por él; otra, hacía que interactuara en las redes sociales solamente con el pensamiento. No necesitaba saber cómo llegar a alguna parte, pues el Livephone lo orientaba eficazmente. Comprándole algunos accesorios, era capaz de ordenar sus movimientos, ayudarlo a hacer ejercicios, señalarle las medidas de alimento que debía ingerir para mantenerse sano (y cocinarle), le combatía los virus, le hacía «hibernar» (en vez de dormir), pensaba por él, y le controlaba las acciones vitales: respirar, digerir, ir al baño, e incluso, los latidos del corazón. Y todo esto lo hacía automáticamente, como adivinando lo que su usuario necesitaba. No le faltaba nada; quizás, era la máquina suprema, la mejor invención del

hombre, el teléfono perfecto.

El Livephone era todo para él. Le arrebató la vida y se la cambió por otra más tecnológica. Se mantenía cerca de donde habían enchufes para que no se le apagara (la batería le duraba poco, demasiado poco). Dejó de hablar con las cuerdas vocales. Ya no hacía nada, simplemente no necesitaba hacer nada. Y en una ocasión donde un repentino corte de luz en toda la ciudad le impidió recargar la batería, el celular se apagó. Él, que había olvidado cómo vivir sin el Livephone, no fue capaz de respirar, su corazón se detuvo en seco, y no pudo pensar en nada para salvarse.

Murió también, como si se le hubiera acabado la batería de la autonomía, como si ya no existiera, como si fuera un simple aparato (ocupado por su celular) que dejó de funcionar, como un esclavo de la tecnología. Y entonces supo que al Livephone le faltaba una aplicación para ser perfecto: la de volver más humana a la gente.

Capítulo 4

EL OLOR DE TODAS LAS COSAS

Ese olor lo perseguía día y noche. Cuando cerraba los ojos lo veía fugándose por los agujeros de la nariz, y cuando cerraba la nariz, lo olía entrando a través de sus ojos. Lo sentía entre sueños, llamándolo desde la realidad de las cosas no somníferas. Y despierto, soñaba con los palacios de fragancias gobernados por ese olor irremediable y eterno. Lo encontraba en Viena, en París, en Chicago, en Manaos, en Johannesburgo, en Manilla, en Dubái. Lo olía en las flores, en el viento, en la parafina, en el cuerpo desnudo de una mujer, en la tierra húmeda por la lluvia, en los ríos de culpas, en sus recuerdos de ayer y mañanas. En todos los platos que degustaba sentía en la lengua ese sabor oloroso. Cuando leía, imaginaba siempre aquél aroma tan conocido. Era él y el olor, acompañándolo a través de las paredes y el tiempo, angustiándole el alma de puro gusto, atormentándolo con las memorias de una ciudad en ruinas.

Lo olió por primera vez en 1939, en Chillán, un 24 de enero. Él se estaba retirando del teatro antes que terminara la obra (porque debía llegar temprano a casa) cuando comenzó el terremoto. Fue como si las entrañas de la tierra estuvieran danzando bajo él, revolcándose, retorciéndose, deformándose. No se podía mantener en pie. Durante poco más de un minuto estuvo recostado sobre la vereda, agitado por los retorcijones de una tierra que necesitaba sacudirse un poco para liberar tanta tensión acumulada en su espalda. Muchos edificios a su alrededor colapsaron. Y entre ellos, el propio teatro se desplomó sobre sí mismo en un instante, sin avisos, sin dejar que nadie alcanzara a salir. Cuando terminó el terremoto, él, tendido en el piso, sólo podía pensar en ese olor desagradable que surgía del charco de sangre que venía de las ruinas del teatro y se derramaba en la calle. Olor a muerte y destrucción, olor a devastación, olor a un destino que pudo haber sido suyo si hubiera permanecido tan sólo un minuto más dentro del recinto.

Intentó huir lejos, pero el olor lo perseguía. Fue a ciudades distantes, recorrió el mundo, probó de todo. Mas, en su mente estaba irremediablemente grabado a sangre ese olor a putrefacción y vidas anónimas que él recordaría toda la vida. Aunque lo deseara, no podía olvidarlo. Era ya algo cotidiano, su esencia. Todos los perfumes, todas las fragancias, todos los olores le recordaban aquél de los muertos que lo aclamaban para que fuera parte de ellos. Era insoportable. El olor lo llamaba, deseaba que volviera a Chile, y lo hizo, veintiún años después, en 1960. Primero deseó ir a Curanilahue, pero el olor lo dirigía más

fuertemente hacia Valdivia.

El 22 de enero, un día después del terremoto de Curanilahue, sintió nuevamente aquél olor, pero esta vez era diferente. Cada vez más intensamente, el olor se iba acrecentando a medida que el sol ascendía a lo alto del cielo, hasta que dieron las 15:11 y la tierra lo invitó a bailar nuevamente, y él comenzó a danzar por las calles temblorosas de un Valdivia que se caía en escombros aplaudiéndolo, y el río Calle-Calle (donde se baña la luna desnuda), que estaba a su lado desbordándose, lo bañó en elogios, llevándolo a una tierra donde ya nunca más sentiría aquél olor.

Capítulo 5

LLUEVEN PLUMAS

Era un caluroso día estival en el estadio, el sol retumbaba en el piso de concreto y se proyectaba como el eco para sofocar todo a su paso. Los vendedores de bebidas estaban teniendo una buena tarde (cada diez minutos iban a buscar bebidas nuevas, heladas, para reemplazar los caldos hirvientes que vendían). En la cancha, el pasto se reseca velozmente. El calor aturdí a los jugadores. Ambos equipos parecían jugar a nada: llevaban media hora en el centro de la cancha, haciendo rodar la pelota pero sin atreverse a atacar al rival. La gente estaba realmente aburrida y asada por el calor absolutamente insoportable, así que buscaban otras formas de entretenerse.

En la galería norte, algunos trajeron baldes de agua (no se sabe cómo lograron burlar los controles de policía) desde los baños, y comenzaron a desparramarla sobre los demás asistentes. Pronto aparecieron los que traían consigo bombitas de agua y provocaron una guerra campal, atrincherándose entre las gradas y los asientos. Los carabineros, completamente embetunados de sudor en esa sauna verde que es su uniforme, no eran capaces de contener aquél combate acuático en el estadio, pues los guerrilleros del mar eran muy ágiles y numerosos y no lograban alcanzarlos.

Los que estaban en la tribuna Andes, sin sombra, completamente entregados al calor, se agolparon debajo de una sombrilla pequeña que alguien trajo, y no faltaron las rencillas por colocar una pierna, un brazo o la cabeza a la sombra. Los demás, los que no cabían o no deseaban pelear, se colocaron bajo las gradas, muy alejados del espectáculo, y sólo venían a la cancha, atropellándose, cuando escuchaban los gritos de la multitud (aunque, de todas formas, todavía no pasaba nada: nadie había disparado una sola vez contra el arco rival). Algunos personajes deambulaban por la tribuna ardiente, delirando de fiebre, y se entretenían debatiendo sobre la prueba científica de la inmortalidad de las almas, sobre el ritmo básico que componía todas las canciones de moda, y sobre qué pesaba más, un kilo de plomo o un kilo de plumas. En un rincón, incluso, se produjo un pequeño amago de incendio.

En la galería sur, la barra de las visitas saltaba frenéticamente como poseídos, en otro mundo, protegidos del sol por sus lienzos y pancartas. En la tribuna pacífico, algunas muchachas hermosas de la alta sociedad se paseaban desnudas entre la muchedumbre, como una forma de combatir la calor, provocando a los espectadores masculinos que ya en esos momentos ni siquiera veían el partido y preferían sacarse fotos con ellas,

lanzarle piropos, tocarlas cuando pasaban cerca, o simplemente admirar la perfecta escultura del cuerpo femenino. Hasta los locutores radiales habían dejado de transmitir para bajar a conversar con ellas.

Sin embargo, nadie se esperó lo que ocurrió luego. El cielo se oscureció repentinamente, pues el sol fue tapado por una nube oscura gigantesca y misteriosa. Entonces cayeron aves muertas del cielo como meteoritos, todas desplumadas y rostizadas. El partido debió suspenderse, pues a medida que el tiempo pasaba, aumentaba la intensidad de los pájaros bajando a la Tierra. Cuando cesaron los animales voladores, comenzó la lluvia de plumas. Oscuras, grises, blancas, amarillas, celestes, verdes, púrpuras, las plumas se desparramaban por el estadio como un espectáculo colorido, y se enterraban en la cancha, sustituyendo al pasto, embetunando todo a su paso con plumas, convirtiendo el concreto ardiente en un colchón de plumas.

Después se supo que muchas aves habían comenzado a volar alto, muy alto, escapando del calor, pero que al llegar a la estratósfera (donde está la capa de ozono) murieron por la fuerte radiación ultravioleta y cayeron velozmente, desplumándose en la caída, provocando esa inolvidable tarde estival donde llovieron plumas del cielo. (De todas formas, cuando el estadio se limpió completamente y pudo reanudarse el partido, ya nadie se acordó del partido y nunca se supo qué equipo ganó).

Capítulo 6

ARTE Y POLÍTICA

Se encontraron en un bus dos personas que no se conocían antes. Iban ambos a Santiago, el viaje sería largo, debían entretenerse de alguna forma así que sacaron de sus bolsos, al mismo tiempo, un libro para leer. Era exactamente el mismo: El principito. Se miraron, vieron al otro sosteniendo en sus manos impávidas de consternación su libro favorito. Conversaron. Conversaron durante casi todo el trayecto, del Principito, de otros libros, de su afición obstinada a la lectura, de sus vidas. De pronto, uno de los hombres le dijo al otro:

—Soy escritor.

—¡Miren qué bien! —exclamó el otro— Yo también soy artista.

—¿Sí? ¿A qué se dedica?

—Cultivo el arte de la política.

—Eso no es arte. Lo que el arte une, la política divide.

—Eso no es cierto, la política une a un país completo.

—Mire usted, yo soy miembro del partido comunista, ¿es usted militante de algún partido de derecha?

El otro hombre calló. Y siguió callándose hasta que llegó el momento de bajarse del bus. Entonces, le dijo al escritor:

—Ya no me gusta el Principito.

Capítulo 7

ENVIDIA

Estaba yo revisando tranquilamente una revista. Estaba realmente molesto: otra vez me engañó la portada. De pronto, observé una imagen a página completa de un hombre en calzoncillos, guapo, musculoso, semi afeitado, de piel brillante, riendo exquisitamente, casi tan feliz como una estatua. Era una propaganda de alguna marca de perfumes que en mi vida había oído. Entonces, el hombre en el anuncio comenzó a hablarme:

—Hola, soy un anuncio publicitario. Tengo todo lo que tú puedes desear tener, las mujeres se derriiten por acostarse conmigo, me invitan a todas partes. Envidias mi apariencia provocativa y sensual, en secreto siempre sueñas con verte como yo. Vivo en un paraíso comercial de ensueños, un mundo que nunca podrás habitar a menos que seas inescrupuloso, usurero, o vivas a costa de un talento tan falso como mi sonrisa.

Lo que dijo me molestó de gran manera. Estaba ya hastiado cuando el anuncio me habló, así que él colmó verdaderamente mi paciencia. Corrí hacia mi escritorio, cogí un lápiz de tinta y comencé a dibujar sobre el hombre del anuncio, con gran entusiasmo y poco talento, un bigote horrible, le hice crecer el pelo desarregladamente en el cabello y las axilas, le quité varios dientes y le otorgué una herida muy fea y profunda en todos sus pectorales.

—No envidio tu apariencia. Ya no más —le respondí.

El hombre en el anuncio no volvió a sonreír.

Capítulo 8

ADELANTE, PASE

El 1 de diciembre la puerta comenzó a abrirse sola. Nosotros aprendimos a vivir expectantes. "¿Quién vendrá ahora?" Decíamos a todas horas al sentir el chillar de la puerta.

Nos imaginábamos visitas muy distinguidas, al Papa ofreciéndonos santidad, al alcalde nombrándonos ciudadanos ilustres, a una celebridad pidiendo alojamiento, al presidente demandando un vaso de agua, a un editor suplicándonos publicar un libro nuestro.

A veces pensábamos aterrados que la Mala Hora había llegado, o que venían a embargarnos la vida, o que se trataba de un ladrón de profesión, o quizás un vendedor de milagros, o un simple limosnero. Mamá llegó a pensar que se trataba de Papá, Lucía deseaba que fuera su ex, un patán, y yo sólo quería que me vinieran a buscar los aliens.

Nos pusimos en tantas situaciones extraordinarias que cuando supimos la verdad nos desencantamos: el gato había aprendido a abrir la puerta para escapar un rato de esta casa de locos.